



José Mármol

A la memoria del joven patriota D. Francisco Muñoz,
comandante del tercer batallón de Guardias Nacionales, muerto de dolencia en la línea,
al frente del enemigo

Al Sr. D. Melchor Pacheco y Obes

Tú que sabes llorarlo, buen amigo,

quiero mi llanto compartir contigo.

José Mármol

No preguntéis sus hechos de guerrero

ni los viejos blasones de su cuna.

Los que amáis la virtud del ciudadano

derramad una lágrima en su tumba.

No es el panteón magnífico que encierra

en urna de cristal la nada impura

del que ayer reventara con su planta

del débil pueblo la garganta muda,

y grande y vencedor se apellidara

la sien alzando entre la idiota turba,

porque su acento tronador se oía

en medio al caos de la sangrienta lucha,

y grande y vencedor cuando temblara

la tierra al peso de su planta ruda:

grandeza del torrente despeñado

que sin edificar todo derrumba.

Es la tumba no más del ciudadano

que de su patria en la mortal angustia

armó su brazo y descendió a la arena

a defender la libertad augusta.

Ese coloso que en la patria mía

sobre montes de cráneos se columpia

y en cráneos bebe la caliente sangre,

néctar sabroso de su boca impura;

que embriaga con ella y sus pasiones

de honor y muerte y de lascivia ruda,

para escarnio mayor en el incesto

ardiendo el alma su descanso busca;

que de los brazos criminales se alza

para de nuevo centellear su furia

sobre la frente del postrado pueblo,

uncido inerte a la fatal coyunda,

giró en su loco frenesí de sangre

ávidos ojos de mayores tumbas,

y atravesando al Plata sus miradas,

dijo, vertiendo sanguinaria espuma:

«Esa Patria Oriental la esclava sea

de mi solo poder. Dentro se amura

a la odiada libertad, y tan vecina

puede mañana visitarme adusta.

Mi esclava sea, pues. ¡Oh, mis lebreles!

Desenfrenad alegres vuestra furia,

que el botín es espléndido a vosotros

cuando el cuello prosterne a la coyunda.

¡Oh, mis lebreles!, pronto. Sus campañas

vean tintas de sangre sus lagunas

y en lodazal hediondo convertidas

sus verdosas, magníficas llanuras.

Convertid en hogueras las ciudades

para que el humo que a los vientos suba

les regale a los vientos la grandeza

que a su adorada libertad escuda.

¡Oh, mis lebreles!, pronto. Esa bandera

en que altiva sus glorias acumula,

atadla bajo el pie de los caballos

que en ella estamparán sus herraduras.

Sus templos penetrad. Para vosotros

de sus altares la riqueza suma,

y para yo mofarme de su Cristo

quiero el lugar que en el altar ocupa.

Pronto, lebreles, pronto. Verla quiero

uncida de mi pueblo a la coyunda,

y os doy para vosotros sus mujeres,

ricas de gracia y de mortal angustia».

Así dijo ese déspota insolente,

de América borrón. La cifra muda

del tiempo que pasó de servilismo,

el fuego fatuo de lejana tumba.

Así dijo, y al punto sus legiones

profanaron de Oriente las llanuras

de un oriental apóstata regidas

que presta al tigre su obediencia muda.

Y con su voz vendida al extranjero

brindó, imbecil, al pueblo, su fortuna,

y el silbo de las balas orientales

confundió el eco de su voz impura.

Y vio temblando en la azulada enseña

sus bellos rizos desplegar sañuda,

y al pie del asta sus valientes hijos,

de ella abrazados, que salvarla juran.

De ella abrazados, libertad o muerte,

repite el eco de su voz robusta.

Venga el tirano; si vencernos puede,

será el amo no más de nuestras tumbas.

Y entre esas voces de coraje henchidas,

allí estaba, Muñoz, también la tuya.

Allí también al pie de tu bandera

juraste altivo: ¡Libertad o tumba!

No más ya ciudadano. Eras guerrero:

ese es tu galardón, esa es tu cuna;

la vez primera que empuñaste espada

fue a defender la libertad augusta.

Y en ese día que al sultán del Plata

torrentes hartarán de sangre suya,

al victorear la libertad, volvieras

ciudadano a domésticas venturas.

Mas no basta el valor, como la savia

no le basta al arbusto que lo abrume

la constancia del viento que lo azota

y débil cede a su continua furia.

¡Murió! No mira del sepulcro oscuro

la aurora hermosa que el oriente anuncia...

Los que amáis la virtud del ciudadano

derramad una lágrima en su tumba.

La lápida que cubre las virtudes

toca no al corazón la desventura...

Yo no soy oriental y siento acaso

que alguna gota mis pupilas nubla.

Ese joven, sabedlo, es el modelo

de lo que falla en la sangrienta lucha

que los pueblos de América devora,

hombres y leyes devastando ruda.

Cuando sepamos todos que en el sable

la libertad del pueblo se asegura,

ya no habrá esos colosos que a su antojo

sobre montes de cráneos se columpian.

Ya no habrá el pensamiento esos nublados

donde errante vegeta y se perturba;

ya no habrá para el pueblo entumecido,

de astuto gaucho la servil coyunda.

Agosto de 1843

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

